
Algunas reflexiones sobre la burocracia en el socialismo realmente existente

Germán Pérez Fernández del Castillo

Lenin, cuanto toma el poder, y aun un poco antes, como afirma Cerroni, se vuelve por primera vez consciente de una problemática que a largo plazo impedirá el desarrollo del socialismo previsto por Marx para después de la revolución.

Pienso que fundamentalmente fueron tres los elementos que obstruyeron el socialismo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. A lo largo de esta ponencia me referiré a ellos de una manera necesariamente esquemática debido a la naturaleza de este escrito.

En un primer momento, haré referencia a las precondiciones de la liberación según Marx. Enseguida veré las razones histórico-económico-políticas que tuvieron por resultado el socialismo realmente existente, burocrático y antidemocrático tal y como lo conocemos actualmente. Daré una explicación del razonamiento teórico justificativo del sistema para, finalmente, proponer a la política-subjetiva como posible solución.

Hegel propone a la historia del hombre como la historia de la lucha entre dos contrarios: la necesidad y la libertad. El desarrollo del Espíritu absoluto es el caminar del hombre sobre su problemática económico-primaria para poder ser "autoconciencia." El Trabajo es una categoría que determina, antes que la libertad, a la posibilidad de la misma.

A través del esfuerzo cotidiano, de la superación de los problemas físico-biológicos inmediatos, es que el siervo puede, negando al señor, negar su propia situación. La conciencia de sí es en Hegel pues, un desarrollo que se presenta a partir de la conciencia de ser el creador del producto que no goza, del trabajo que no disfruta, de la obra suya que no consume.

Sin cuestionarnos sobre lo formal de sus resultados, es siempre interesante recordar cómo ya para Hegel el concepto de libertad está determinado por el de necesidad, esto es, de la resolución de problemas técnico-productivos. Es el dominio sobre los medios de producción lo que posibilita y determina al siervo a tomar conciencia de su mismidad y a reconocer a la otredad (señor) como innecesaria, y por lo tanto, superable.

Si retomamos estas muy materialistas ideas de Hegel —su idealismo lo encontramos en otro lugar— comparándolas con nuestro Marx, veremos, sin dejar de sorprendernos, que la lógica de la liberación del proletariado es exactamente la misma.

Parece que una de las pocas aseveraciones marxistas que aún no han sido releídas, interpretadas, modificadas, negadas o supuestas, consiste en que “la verdadera riqueza se llama tiempo libre”. Tiempo libre es riqueza, o lo que es lo mismo, no hay liberación sin superación de necesidades básico-elementales. Esta afirmación es cierta en la medida en la que, hegelianamente, la liberación de la inmediatez del trabajo permite pensar en problemas que van más allá del propio trabajo, del aquí y el ahora.

Para poder pensar y actuar sobre otros ámbitos, el hombre debe tener un mínimo de tiempo. Marx presupone, como lo hizo Hegel, que la conciencia vendrá sola, a partir de las reflexiones que el proletariado haga sobre su propia situación, esto es, cuando él descubra que es él mismo quien elabora y produce la riqueza, pero no es él quien la goza. Vemos que los prerequisites del socialismo parecen ser: 1) Que exista una abundante riqueza como para permitir tiempo libre. 2) Que la clase productora cobre conciencia sobre la importancia de su obra. 3) Que elimine al contrario y 4) que goce su producción. Solamente a partir de estas condiciones

podría hablarse, en términos de Hegel, y después de Marx, de liberación.

Aunque la interrelación de los procesos económicos y políticos no permite una clara diferenciación entre ellos, quisiera hacer un esquema analítico por separado.

Todos sabemos que el modelo teórico de Marx se fundamenta en un caso histórico: Inglaterra, porque en la sociedad inglesa se encontraba precisamen-



te la precondition más importante para lograr el tránsito al socialismo: el desarrollo. Desde luego que la conciencia, la praxis revolucionaria y el goce del trabajo son condiciones *sine qua non* para lograr el socialismo, pero cronológicamente las cosas sí tienen un orden. Si no hay industrialización no puede haber conciencia proletaria; sin conciencia no puede haber praxis adecuada a ella, y por lo tanto tampoco praxis revolucionaria; sin revolución no hay socialización y sin esta última no hay goce, ni verdadero tiempo libre.

Inglaterra era el país del avance tecnológico, de la industria y, por lo tanto, del proletariado. El desarrollo de las luchas en Inglaterra y en general en Europa Occidental dio por resultado al Estado burgués que todos conocemos. Por una parte, la sociedad burguesa impuso sus normas como leyes del Estado. El Estado se presentó como un producto de procesos ajenos a él que se llevaron a cabo más bien en la sociedad civil. Por el otro lado, las luchas sociales derivaron a una especie de reglas de convivencia que conocemos como democracia. Intentaré esbozar este proceso.

Además de contar con la industria y la tecnología más avanzada, Inglaterra, y Europa en general, en ese entonces, poseían un proletariado agitado que empezaba a cumplir la segunda condición para el socialismo: la conciencia de clase. Este es un hecho importante porque, en contraposición a lo que pensó Marx, en Inglaterra no se dio la revolución, sino que por el contrario la misma conciencia propició negociaciones, mediaciones, reconocimiento, victorias que derivaron en hechos políticos. En lugar de negar al contrario, se convivió con él. La falta de conciencia, hubiera, quizá, provocado rupturas. La conciencia forzó al sistema hacia la democracia formal-occidental.

Las causas que explican la caída del feudalismo pueden ser internas como lo afirma Dobb, o externas como dicen Swezzy y Pirenne; pudieran ser éticas como escribe Weber, o meramente materiales como lo explica Mandel. En todo caso, nadie duda que estas causas tuvieron como efecto al liberalismo económico, esto es, a una forma de capitalismo. Y yo me pregunto: ¿qué relación existe entre liberalismo económico y democracia política? O, en otras palabras, ¿porqué la democracia occidental solamente se dio en los países cuya economía fue predominantemente liberal-capitalista?

Habrá que decir primero que el liberalismo económico antecedió a su democracia política. El liberalismo mercantilista no implicó simplemente un comercio de mercancías y dinero; también significó libertad de acción para el individuo. Aún más, significó la aparición del individuo mismo; éste ya no era partícipe de corporaciones o miembro de estamentos, sino un ser con opciones, un sujeto del mercado. Su fuerza de trabajo lo pudo convertir, independientemente de su origen, en zapatero o pequeño comerciante. La capacidad de decisión implicó, a su vez, la libertad de pensar, de comprar, de invertir, de leer y circular, de creer y practicar. El pudo comprar y vender, cuando menos durante una época, en un mercado autorregulado.

El Estado liberal, consecuencia de este proceso, no hizo sino asentar lo que sucedía. "El nuevo sistema echó raíces y produjo la sociedad liberal individualista" (Macpherson), que aún cuando no era democrática en derecho, ya era liberal de hecho.

Las revoluciones liberales en Europa, en sentido estricto, no hicieron sino volver formal lo cotidiano. El empuje de la sociedad civil obligó al cambio en las formas jurídico-estatales. En ese entonces la actividad del Estado se limitó primordialmente a

garantizar el funcionamiento mercantil de la sociedad. Ayudó a través de la redistribución de impuestos a crear una infraestructura que posibilitó el desarrollo del mercado.

Desde luego, este tipo de sociedad trajo consigo terribles contrastes económicos. Produjo, en un primer momento, que el funcionamiento del sistema fuera garantizado a otros niveles: por la represión. Después se descubrió que ciertas concesiones eran posibles sin poner en peligro al sistema. Se concedió que a la opción meramente mercantil se aunara la opción política; se crearon entonces partidos y sindicatos, se logró el voto, la libertad de expresión y la de agrupación. La sociedad civil había logrado entonces la democracia, pero es importante hacer notar que la consiguió, precisamente a través de la lucha a partir de la propia sociedad civil. Cuando Marx afirma, criticando a Hegel, que no es el Estado el sustento de la sociedad civil, sino la sociedad civil el sustento del Estado, dice exactamente lo que afirmamos: que el Estado en la sociedad occidental es un producto de los movimientos económicos y políticos civiles.

La industrialización trajo consigo, como afirmó Marx, la proletarización y ésta a su vez, es cierto, trajo la conciencia. Pero la revolución no se presentó, más bien la sociedad, en términos burgueses, se democratizó. Aquí falló Marx. Ni la conciencia proletaria fue lo que Marx esperaba, ni la ambición burguesa fue tan ilimitada como se pensó. Más que un error del proletariado, pienso, habría que concederle un poco más de inteligencia a la burguesía. Ellos supieron que valía más dar un poco, ser más sutiles en los métodos, que perderlo todo. Es incuestionable sin embargo, que la democracia formal sirvió no solamente para mantener al sistema, sino que abrió todo un mundo de posibilidades estraté-

gicas que no fueron nada desdeñables. Por lo demás y dado que el desarrollo siguió un curso en el que el Estado se fortaleció cada vez más, las normas sirvieron, y siguen sirviendo, para legitimar acciones favorables a la clase trabajadora que jamás hubieran sido logradas sin esta legitimación burguesa. Por su parte, temeroso como el siervo hegeliano, el proletariado prefirió el mendrugo de pan a la posibilidad de morir de hambre: la democracia fue el producto de una conciencia proletaria que prefirió un camino sobre otro. Su acción se limitó a lo permitido por el propio sistema. Las sociedades occidentales contemporáneas son el producto de esta historia de conciencias y prácticas que no concluyeron como Marx lo previó.

Marx estudió y trató de prever el desarrollo de la sociedad occidental. Sin embargo, sus previsiones se realizaron en otros ámbitos, justamente en aquellas sociedades que el denominó "semiasiáticas". Pensó que en Rusia no podía darse el socialismo porque faltaba el primer requisito que él mencionó; a saber, el desarrollo industrial. Sin él no podía darse la riqueza, ni tampoco el tiempo libre. Desde luego que Marx tenía razón.

Revisando el porqué Inglaterra no derivó en un país socialista, sino que devino un sistema democrático-burgués, vimos cómo las democracias burguesas, sus sistemas jurídico-garantes, esto es, sus leyes y su Estado, fueron producto de conflictos, desarrollos y mediaciones llevadas a cabo en la sociedad civil. Ahora bien, ¿qué sucedió en Rusia que evitó el desarrollo democrático, y qué por el contrario produjo un sistema autoritario?

Hegel, tanto en la *Historia de la Filosofía*, como en la *Filosofía de la Historia*, deja fuera de la historia racional al despotismo oriental —que años después será nombrado por Marx como modo de producción

asiático— porque en él no existe otro. Ahí la voluntad es unívoca, personal, despótica y por lo tanto, puramente positiva. Es lo otro, según Hegel, lo que propicia la contradicción y ésta la que define al ser como devenir. En otras palabras, donde no hay oposición, donde no existe negociación, ni mediación, no se presenta el movimiento, ni, por lo tanto, la política.

Bahro afirma que la naturaleza del despotismo burocrático ruso tiene sus orígenes en el modo de producción semiasiático que aún reinaba en ese país en tiempos de la revolución de 1917.

El modo de producción semi-asiático, típico de las regiones euro-orientales, tiene sus orígenes en la invasión de Hen His Kan a Rusia, quien después de posesionarse de China optó por implantar en Rusia el sistema tributario chino. Levantó el censo de los bienes de cada familia y cobró impuestos de acuerdo al valor de éstos. Construyó una complicada maquinaria piramidal-burocrática que suplantó a las autoridades locales con funcionarios centrales transferidos a las más lejanas aldeas del territorio. Fue así como por vez primera, quedaron unidas las miles de poblaciones europeo-orientales en un único sistema de poder. Este sistema, lazo de unión y dominio, no fue modificado por los sistemas posteriores al mongol; por el contrario, la monarquía zarista pulió métodos de centralización, aumentó las funciones del poder central. La revolución Rusa no tuvo otra opción que continuar con esta forma de control y dominio social. Después la situación internacional se encargó de reconcentrar el poder.

Estas limitaciones históricas fueron quizá menos importantes para lograr la democratización rusa que sus propios proyectos desarrollistas. En efecto, es indudable que Rusia quizo ser socialista, y aún

más, democrática, pero como veremos más adelante, la centralización racionalizante de los medios de producción trajo consigo la burocratización del sistema. Los líderes de la revolución rusa nunca dudaron que a su país le faltaba una de las condiciones *sine que non* para conformar una sociedad libertaria: el desarrollo industrial. Aun cuando Rusia tuvo notabilísimos desarrollos económicos algunos decenios antes de su revolución, comparativamente (con Inglaterra v.g.) estaba muy retrasada. No obstante, la revolución estaba hecha. Si Marx se plantea el problema de cómo redistribuir la riqueza ya existente, a Lenin le preocupa, en primer lugar, cómo crear esa riqueza. Para socializar los medios de producción, se requieren, antes que nada, medios de producción, y Rusia no los tenía en 1917.

Lo anterior cambia, desde luego, todo el panorama de interpretación. Si, como hemos visto, los cambios en la sociedad occidental son cambios en donde meramente se reconoce lo ya existente; es decir, si en Occidente el cambio en las formas de Estado obedecen a agentes externos al propio Estado, en Oriente, por el contrario, el Estado es quien modifica a la misma sociedad civil. De esto Rusia no es una excepción. El Estado se convierte en creador y planeador de prerequisites del socialismo.

En Occidente el Estado fue el resultado de movimientos en el ámbito de la sociedad civil; en Oriente la sociedad civil fue producto de un proyecto de sociedad derivado de la planeación estatal. El problema político, el problema de la relación Estado-sociedad civil fue resuelto en Rusia a favor del Estado, de su conciencia "desde afuera", del paternalismo y de la dirección elitista.

Es posible que el despotismo semi-asiático tenga sus fundamentos contemporáneos en una concep-

ción exageradamente económico-desarrollista que requirió la centralización de fuerzas y proyectos en su afán por crear riqueza. Su justificación teórica me parece que tiene sus raíces en Lenin.

Hegel pensó que el Estado debía resolver los problemas sociales, para ello lo dotó de una razón universal. Marx por el contrario, pensando que el Estado es solamente un producto de los conflictos de la sociedad civil, revierte esa razón universal, sobre la clase universal, sobre el sector de la sociedad civil que crea la riqueza, es decir, sobre el proletariado.

La sociedad civil en Marx, es una sociedad civil en conflicto [lucha de clases]. En este contexto, el Estado no sólo no contiene una razón universal y neutral frente a los intereses particulares de las clases en pugna sino que, por el contrario, el Estado adquiere la Razón de la clase dominante y la propone como universal.

Marx desplaza la Razón de Estado a la clase proletaria, cuyos intereses derivados de su posición en las relaciones de producción no pueden sino ser universales. El problema, sin embargo, no queda resuelto. En *El Capital*, expone por vez primera el conflicto de la sociedad contemporánea en toda su viveza. Los hombres hacen la historia que en realidad no saben que hacen. Marx descifra un complicado devenir en donde quien hace, no es consciente de su hacer. Como político, propone primero una conciencia subjetiva que produzca un reconocimiento claro de su ser ahí. Después, presupone una reacción en un sentido específico. Aclara, ante todo, la diferencia entre el ser y su conciencia, esto es, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo científico y lo comúnmente sentido. Sin embargo, lo comúnmente sentido, el sentido común, actúa y su actuar repercute en la historia; es la historia misma, y de esta

manera, lo comúnmente aceptado, sentido, aprobado y vivido es objetivo en tanto histórico. Y la historia es eminentemente real y, en el sentido sartreano, verdadera.

Marx deja las puertas abiertas a una serie de posibles interpretaciones. Lo que parece claro es que él nunca propuso a la organización, y menos a la burocracia, como depositaria de la razón proletaria universal. Al contrario, tanto en la crítica de la teoría del Estado como en sus escritos sobre la Comuna de París, Marx afirma que la burocracia es un parásito social al que hay que atacar para destruirlo (Lefort).

El triunfo histórico de Lenin hace que su concepción sobre la función de la organización se transforme en racional en tanto existente, a diferencia de concepciones eminentemente subjetivistas, históricamente fracasadas, como la luxemburguiana. El problema entre sentido común y objetividad teórica es resuelto por Lenin en favor de esta última. Así, la clase obrera está imposibilitada para alcanzar sus objetivos históricos, requiere de "una vanguardia capaz de tomar el poder, de conducir a todo el pueblo al socialismo, de dirigir y organizar al nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente, el jefe de todos los trabajadores y explotados".

Las afirmaciones de Lenin afectan no solamente al partido político, sino también se refieren al "nuevo régimen". Lenin fortalece la objetividad científica frente al sentido común, creador de objetividad histórica. Esta concepción le permitirá exterminar, sin mediaciones políticas, por ejemplo, a miles de marineros anarquistas en Krönstadt. Será, igualmente, bajo la fórmula teórica de Bujarin, según la cual, la colectivización de los medios de producción traerá como consecuencia inmediata el aumento en la producción, que Stalin, buscando resolver

los problemas de insumos alimenticios básicos de Rusia, acabó con varios millones de qulaks.

La política, a partir de la superioridad de lo científico-objetivo sobre lo objetivo-histórico, cedió a la guerra, y al exterminio. Lenin no alcanza a visualizar las consecuencias de su concepción triunfante; creará una profunda ruptura entre dominadores y dominados, entre dirigentes y dirigidos, entre una razón frecuentemente externa e incomprensible para las mayorías y la necesaria y disciplinada obediencia de los subalternos.

Desde luego, se podría argumentar que los intereses científico-objetivos implementados por la dirección burocrática se identifican con los intereses de las mayorías, no importando si éstas, equivocadas o no en su sentir, se oponen a ellos. El Estado burocrático ha logrado resolver, de una manera por demás brillante, los problemas básicos de la población que le subyace. Alimentación, vestido, salud, vivienda, empleo, etc. . . , son necesidades básicas importantes cuya satisfacción ha creado un consenso amplio entre la población. Sin embargo, han sido necesidades satisfechas, por así decirlo, a espaldas de la propia población. La falta de vivienda se convierte en problema sólo y cuando el Estado reconoce esa necesidad; las viviendas serán edificadas cuando el cálculo burocrático así lo indique y su distribución dependerá de análisis y estudios independientes de la voluntad del consumidor. El Estado burocrático es en ese sentido racional, pero enormemente paternalista; colma las necesidades que él cree pertinente satisfacer, en la forma y tiempo en que considera prudente hacerlo. La Razón de Estado se convierte así en algo dadivoso e impenetrable.

El problema se plantea, aun en estos casos, en términos contradictorios: necesidades inmediatas,

requerimientos egoístas, subjetividad, gusto, tiempo libre, etc. . . , parecen ser opositores irremediables de estrategias a mediano o largo plazo. La implementación de estas últimas reclama sacrificio, despersonalización, renuncia, homogeneidad y disciplina. Sea referente a la organización (partido político), sea frente al Estado posrevolucionario, el conflicto vive, ahora más que nunca, en el seno de la teoría marxista.

Evitar el despotismo significa reconocer al contrario, mediar con él; hacer política significa disponibilidad, necesidad de negociación y esto último, a su vez, significa reconocer como indispensables los métodos formales. En otros términos, política implica necesidad de hacerla, estar obligado a reconocer al opuesto. Política es trabajo y función, tarea y posibilidad de existencia de los contrarios. Finalmente, hacer patente, manifestar otra presencia, hacerse ver, obligar a mediaciones, concesiones. La política es el punto de enlace, de unión y conflicto entre dos distintos que se reconocen como presupuesto de existencia. Hacer del espacio político un espacio de todos, es la enorme tarea que tienen por delante aquellos países en donde la Razón de Estado, la objetividad científica, la racionalidad incomprensible han invadido esferas que anulan la negociación.

Hemos visto cómo el desarrollo histórico de estos países requirió, en un principio, de la suma de todos los esfuerzos, de la disciplina absoluta en pos de la defensa de la ya lograda soberanía nacional. Pero lo uno no anula lo otro. Hay que preguntarse si aún persisten las condiciones externas que obligaron a los países socialistas, especialmente a Polonia, Checoslovaquia y Hungría, a mantener estructuras internas de poder de las que sólo puede emanar coerción, linealidad, autoritarismo y en el mejor de los casos paternalismo.

Es preciso analizar si el desarrollo económico sigue siendo una prioridad nacional que pueda justificar el sacrificio de la subjetividad.

Existe un despotismo paternal que ha sido lo suficientemente racional como para cubrir las necesidades básicas y con ello obtener un consenso indirecto, pero lo suficientemente inseguro como para propiciar una apertura de la que se desprenda una verdadera oposición ya existente pero sin espacio de expresión. Sin representación formal, ya lo demostró Bobbio, no hay garantías de representación real. Sin mediación política entre sociedad civil y sociedad política no existe más que la imposición y donde hay imposición no se explica el devenir, pero sí el cambio. Violento y brutal como

la explosión guerrera, revolucionaria, que no acostumbrada a escuchar, tampoco escucha. La revolución, esto lo sabemos todos, es una, la última forma de comunicación.

La mediación política, la negociación, la consulta, no son una mera concesión del Estado, conforman una necesidad de todo sistema social que quiera sobrevivir a largo plazo. Teóricamente, socialismo implica política, y ésta participación, esto es, democracia.

La historia sigue su curso, donde hay política la sociedad deviene. Donde no hay política se presentan rupturas históricas. Dependerá de la inteligencia burocrática y de la fuerza de la sociedad civil socialista decidir el camino de su sistema. 